

La piel

Por: Julio César Londoño *

Siempre nos han dicho que tenemos cinco órganos sensoriales, uno para cada uno de los sentidos: la vista, el oído, el gusto, el tacto y el olfato. ¡Patrañas! –Manuel se ordena el pelo con la mano. Luego acerca la copa a su nariz y aspira con fruición–. En realidad es un solo órgano que tiene dos metros cuadrados de área, siete kilos de peso y un bello nombre: piel. Se la considera la receptora de los estímulos táctiles pero si lo pensamos bien es la responsable de todas las sensaciones porque los otros cuatro órganos no son sino áreas suyas especializadas. Mire usted, los ojos son dos pedazos de piel líquida y fotosensible. Un poco más abajo la piel se interna en dos fosas, se vuelve mucosa y es capaz de diferenciar miles de olores. Luego se curva en los labios, se interna en la caverna palatal y vuelve a emerger en forma de lengua. El conjunto –labios, caverna y lengua– no sólo es ese gourmet que cata lo ácido y lo amargo, lo dulce, lo salado y hasta lo simple, sino que constituye una zona erógena de altísima sensibilidad. ¿Sabía que la lengua, los labios y los genitales tienen los mismos terminales nerviosos? Por aquí debe estar el asiento del espíritu. Los pitagóricos lo sospechaban, por eso llamaban a las palabras “vientos del alma”. A ambos lados de la cabeza la piel se enrosca como un caracol para formar una suerte de antenas capaces de captar las ondas de presión del aire y llevarlas al tímpano, la membrana donde empieza ese proceso de conciencia que llamamos sonido.

“El resto de la piel está dedicada al tacto propiamente dicho. La primera capa, la epidermis, es insensible porque está formada por células muertas. Todo sucede en la segunda, la dermis, que almohadilla el cuerpo y contiene las terminaciones nerviosas, esos servicios de inteligencia de la mente que decodifican las presiones que la capa muerta transmite a la segunda y las traducen en términos de temperatura, dolor, humedad, presión, textura o escozor. Entre estas capas hay miríadas de corpúsculos nerviosos en forma de huevo. Se encuentran principalmente en las zonas lampiñas: las palmas de las manos, las plantas de los pies, el clítoris, el glande, los pezones y la lengua. Son una especie de puntitos g. Su divisa es: ¡Ahí donde hay goce, ahí estamos!”.

Manuel celebra su ocurrencia con un sorbo largo, le enciende el cigarrillo a una chica sin mirarla y prosigue su cátedra.

—A pesar de estar formado por células muertas, el pelo es un notable agente táctil. Brisa, dice con placer el cerebro cuando los invisibles vellos del rostro se agitan de manera imperceptible. Es paradójico, querido Óscar, que dos tejidos muertos, el pelo y las uñas, nos sobrevivan algún tiempo y sigan creciendo más allá de la muerte, como si tardaran en darse cuenta de que su dueño está muerto. La literatura tiene una imagen perfectamente asquerosa, un barco hecho con las uñas de los muertos. No recuerdo dónde la leí... ah, olvidaba los discos de Merkel, que tienen forma de platillo y responden a una presión constante y continua. Son ellos los que nos dicen si estamos calzados, si llevamos camisa o qué tan ajustados están los calzoncillos. Por fortuna pueden adaptarse al estímulo y dejar de registrarlos, de lo contrario no podríamos olvidarnos ni un segundo de la brisa ni del zapato y nos volveríamos locos. Estos olvidos, las providenciales desconexiones de los discos de Merkel, nos salvan de morir abrumados por el alud de sensaciones, internas y externas, que recibimos constantemente.

“La piel nos comunica con el mundo, y con nosotros mismos gracias a unos sensores cuya función es sentir nuestro propio cuerpo. Gracias a ellos sabemos si aún llevamos puestas las orejas, dónde andan las piernas, las manos, cada uno de los dedos. También nos informan el momento exacto de la saciedad, y nos advierten que esa supuesta flatulencia está empezando a tomar una consistencia peligrosa. La piel, no recuerdo quién lo dijo, es lo más profundo que tenemos. Se le olvidó anotar que también es la frontera del yo. Ahí comienza lo hostil, lo extraño, los otros. [...]

* **Julio César Londoño** es cuentista (Premio Juan Rulfo en 1998), novelista y ensayista colombiano. Es autor de los libros de cuentos y ensayos *Sacrificio de dama, ¿Por qué las moscas no van a cine?, El quinteto de Versalles, Nuestros ídolos, Los geógrafos; El arte de tachar, La ecuación del azar, La biblioteca de Alejandría, y de la novela Proyecto piel* (Bogotá, Planeta, 2008) de la cual extractamos, con su autorización, este fragmento.